

LA ESCUELA DE NOCHE

Esta época, marcada por la pandemia de COVID-19, determinó una serie de cambios de hábitos en las rutinas de la vida adolescente, que tuvo como inmediata consecuencia una alteración de los horarios escolares. Pero la ingrata contingencia que nos toca atravesar estrechó los vínculos de la comunidad educativa.¹

Estoy conectado, por eso llego tarde.

Marcela Martínez

Es socióloga, y doctoranda en Educación en la Universidad de Buenos Aires. Es Coordinadora de Desarrollo de Propuestas Formativas en la Dirección Provincial de Educación Superior en provincia de Buenos Aires, coordina la Especialización en Docencia Universitaria en la Universidad Nacional de Hurlingham, y es docente en la misma universidad y en la formación en servicio para equipos de conducción del nivel medio en la Escuela de Maestros del Gobierno de la Ciudad.

La escuela secundaria se nocturnizó durante la pandemia. La entrega de las tareas, los contactos o las consultas a docentes llegan durante la noche. Al menos dos motivos determinaron esta dinámica: la desorganización de las rutinas escolares que exacerbó la nocturnidad propia de los adolescentes y la escasez de dispositivos tecnológicos en la mayoría de las familias. Según el Informe COVID-19 Argentina del 2020: “El 18% de los adolescentes entre 13 y 17 años no cuenta con Internet en el hogar y el 37% no dispone de dispositivos electrónicos para realizar las tareas escolares —computadoras, notebooks o tablets—. El valor aumenta al 44% entre quienes asisten a escuelas estatales”. Cuando hay un solo aparato para resolver la comunicación de varias personas, el turno de los pibes llega cuando es posible. Y suele ser por la noche².

1— El presente artículo es un fragmento de un libro en proceso de edición, titulado *El problema de la atención* que publicará Divino tesoro. Red Editorial.

2— En el 2005, el sociólogo de la cultura Mario Margulis publica la compilación de ensayos *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires* que analizan el empleo del tiempo en la noche para la conquista del espacio urbano por parte de los jóvenes. La nocturnización durante la pandemia exagera estas características generacionales.





Antes de la pandemia, las llegadas tarde de estudiantes era un tema de preocupación institucional. ¿Qué motiva la impuntualidad? ¿Las llegadas tarde al colegio y la conexión permanente a las redes sociales están relacionadas? La noche siempre fue el momento del día en que los jóvenes se adueñan de la ciudad. Esto sigue ocurriendo, pero, en buena medida, de puertas adentro. Trasnochan en la propia cama. El teléfono celular es una especie de uróboro contemporáneo, principio y fin de todos los días y sus noches. Es un *loop* temporal que desordena las rutinas indispensables para ajustarse al horario escolar. No hace mucho tiempo atrás, aunque un mundo de vida separa estas experiencias, las familias tenían que limitar el horario en el que sus hijos estuvieran ante la TV, una práctica más sencilla por lo acotado del horario de programación de los diferentes canales de aire y la cantidad de aparatos disponibles en cada hogar. La portabilidad del teléfono y el carácter incesante de la interacción en el ciberespacio pulverizaron los controles parentales, a la vez que los jóvenes adquirieron mayor autonomía sobre el control de su propio tiempo. Algunas familias optan por cortar la conexión a internet durante la noche. Pero esta posibilidad sólo funciona con adultos que no entren en síndrome de abstinencia. No sólo los jóvenes se alienan en las redes: este rasgo es más epocal que generacional. Pero es cierto que los más chicos disponen de una naturalidad con los dispositivos que complica la racionalización de su uso.

La noche siempre fue el momento del día en que los jóvenes se adueñan de la ciudad. Esto sigue ocurriendo, pero, en buena medida, de puertas adentro. Trasnochan en la propia cama.

Esta descripción tiene un sesgo de clase social –los jóvenes más pobres, como mencionamos en párrafos anteriores, no cuentan con canilla libre de conexión y, tal vez por lo mismo, miran más la TV-. Aun así creemos que la hiperconexión es expresiva de un horizonte de sentido cultural, en tanto es una experiencia compartida por todas las clases sociales, aun con las diferencias de acceso al equipamiento tecnológico y conectividad. Un argumento en la línea de la socióloga inglesa Judy Wajcman³ cuando plantea que la relación con la tecnología es un ensamblaje sociomaterial, en el que la interconexión entre personas y máquinas se redefine mutuamente.

La transición de un modo de vida basado en un orden mecánico, de TV a perilla a un orden digital con pantallas a puro *touch*, implica no sólo un cambio de consumos culturales sino también una modificación de la sensibilidad colectiva. Es la penetración tecnológica en esa sensibilidad, lo que analiza el filósofo italiano Franco Berardi. Entonces, el modo de compartimentar el tiempo y espacio disciplinario, que todavía define la gramática escolar, pierde eficacia simbólica. Si la entrada del cronómetro al taller fue un instrumento de control político del trabajo de los obreros, ya que pormenorizaba el control de los cuerpos en la fábrica, al regular el ritmo productivo⁴, frente a todo esto, la conexión ubicua y permanente al celular desarma ese orden amasado durante la modernidad.

Las llegadas tarde son un verdadero problema de gestión en las escuelas en la fase presencial de la escolaridad. Los jóvenes se convirtieron, de pronto y masivamente, en impuntuales. No es una cuestión moral o de falta de respeto a las consignas institucionales lo que alimenta a la impuntualidad. Los cambios sociales se expresan en un conjunto de comportamientos individuales que decodifican, aun sin saberlo conscientemente, un tipo

3– Wajcman, J (2017) *Esclavos del tiempo. Vidas aceleradas en la era digital del capitalismo*. Barcelona: Editorial Paidós.

4– Coriat, B (1992) *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. México: Siglo Veintiuno Editores.



de ordenamiento que está en declive. ¿Podrá la escuela superar estas barreras disciplinarias? Si se lo propone como tarea, seguramente. De hecho, un conjunto de experiencias institucionales ha diseñado formatos flexibles o modulado el cursado de asignaturas. Las Escuelas de Reingreso⁵, creadas a principios del siglo XXI y cuyo mandato fundacional es la inclusión educativa, son un ejemplo cabal de la alteración productiva de la gramática tradicional. Pero para eso hay que soltar la lamentación nostálgica de lo que ya no es, hay que correrse del juicio moral sobre las familias y su incapacidad de regular los hábitos de sus hijas e hijos para enfocar toda esa potencia en el rediseño de la escuela y la creación de formatos más acordes a la vida actual.

En este sentido, la pandemia de COVID-19 y el cambio abrupto de rutinas que generó consolidó a la comunidad educativa. Una mayor empatía circuló por los canales de comunicación entre familias y docentes.

5—Como señala Peña en su ponencia de 2016 “Promediando la vigencia de la Ley Federal de Educación (1993) y pocos años antes del dictado de la Ley de Educación Nacional (2006), se crean las Escuelas de Reingreso de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en el año 2004; como propuesta educativa en el marco de la obligatoriedad de la Escuela Media dispuesta por la Ley N° 898 de la CABA y el proyecto ‘Deserción Cero’, con el propósito de satisfacer la demanda de un sector importante de la población joven que no pudo comenzar sus estudios de nivel medio o ha visto interrumpida su escolaridad. El mandato fundacional de estas escuelas es el de inclusión educativa, lo que ha generado un correlato de inclusión social; distanciándose de aquella estructura rígida e impersonal de la escuela tradicional que poniendo el énfasis en lo académico, pierde de vista las particularidades de los estudiantes. (...) Frente a un objetivo amplio como es el mandato fundacional de las Escuelas de Reingreso, se exploraron las acciones pedagógicas no sistemáticas que se aplican desde que se acercan a la institución los/as potenciales estudiantes más allá del marco estricto de contenidos, límites curriculares y burocráticos”. Ponencia en el XXI Congreso Pedagógico de UTE: Escuela Crítica y Emancipación. Registros pedagógicos y su potencia transformadora de la Educación Pública.

La pandemia de COVID-19 y el cambio abrupto de rutinas que generó consolidó a la comunidad educativa. Una mayor empatía circuló por los canales de comunicación entre familias y docentes.

Muchos adultos buscaron consejo en los educadores ante el desánimo de sus hijas e hijos y compartieron con los referentes escolares situaciones que, en otro momento, hubieran generado un juicio moral de parte de la escuela. La pandemia nos ungió con un manto de humildad -ese rasgo que el pedagogo Paulo Freire valoraba tanto en los educadores- y tuvimos que hacer un doctorado en fragilidad y comprensión de la adversidad propia y ajena. Tanto sufrimiento colectivo dio algunos frutos...

En este contexto resulta pertinente preguntarnos, aun cuando tenemos la esperanza de recuperar, alguna vez, algún tipo de “normalidad”: ¿Qué puede una relación pedagógica en tiempos de hiper conexión y de especialización de los campos de conocimiento? ¿Qué sobrevive del proyecto cultural con vocación universalista de la escuela media? ¿Cuál es el modo de atención que tienen las y los alumnos en la escuela actual?

Resulta indispensable marcar una posición: estas preguntas vitalistas pretenden la defensa de la escuela junto a la ambición de conquistar su sentido, de potenciar su fuerza cultural. Nuestros interlocutores son los profesionales de la educación. Creemos que la escuela es el escenario privilegiado en el que aprender a vivir junto a otras y otros, un ámbito indispensable para la efectucción del derecho a estudiar, para compartir los bienes culturales de los que dispone la sociedad.

No encontramos ninguna otra institución, por el momento, que lleve adelante de manera universal esta tarea. Y por eso nos interesa sostenerla. Pero para sostener a la escuela resulta indispensable soltar buena parte de sus rutinas más naturalizadas. La pandemia produjo, dolorosamente, el desprendimiento de estas rutinas y abrió un camino de exploración que resulta promisorio transitar. ■